GUERREROS MEDIEVALES

Los visigodos

Jinete visigodo, siglo VI

MWE027



OSPREY
PUBLISHING

Los visigodos
Los señores de la guerra que construyeron un imperio

Durante la Alta Edad Media, Europa sufrió, de tanto en tanto, las sacudidas de las grandes migraciones nórdicas y germánicas, cuando tribus grandes y pequeñas atravesaron el continente siguiendo a sus líderes, con el propósito de establecer un nuevo hogar en lo que quedaba del imperio romano occidental. Roma estaba demasiado debilitada para resistir el avance en masa hacia sus provincias de estos llamados "bárbaros", y se debatía entre una actitud combativa o conciliadora en un vano intento de proteger el imperio.

Todas las fronteras estaban bajo presión. En la frontera del Danubio, la mayor amenaza la constituían los godos, un pueblo germánico cuyo origen aún discuten los historiadores modernos. Según su propia tradición, emigraron desde Escandinavia atravesando la actual Polonia y Ucrania hacia las costas del mar Negro. Animados por su éxito, se convirtieron en hábiles marinos y se extendieron más allá del Bósforo y entraron en el Egeo.

La historia de los visigodos es verdaderamente notable. Obligados a abandonar su hogar en Ucrania por los hunos, en el transcurso de una generación viajaron hacia el oeste atravesando los Balcanes, después se dirigieron al sur de Italia y volvieron al norte, cruzando los Alpes hacia el suroeste de la Galia (Francia) antes de detenerse definitivamente en Hispania, donde establecieron un reino que duró más de 300 años. Esta es su historia.

Hubo dos principales tribus godas: los tervingios (a los que generalmente se les llama visigodos, aunque no es del todo exacto) y los greutungios (conocidos generalmente como ostrogodos). En el siglo III, mientras que los tervingios emigraron al suroeste hacia Ucrania y Moldavia, los greutungios se dirigieron hacia el este. A mediados del siglo III, los godos irrumpieron en los Balcanes, asesinaron al emperador Decio (Hostiliano), acto al que siguió, en el año 256 d. C., el derribo de la frontera del Rin.

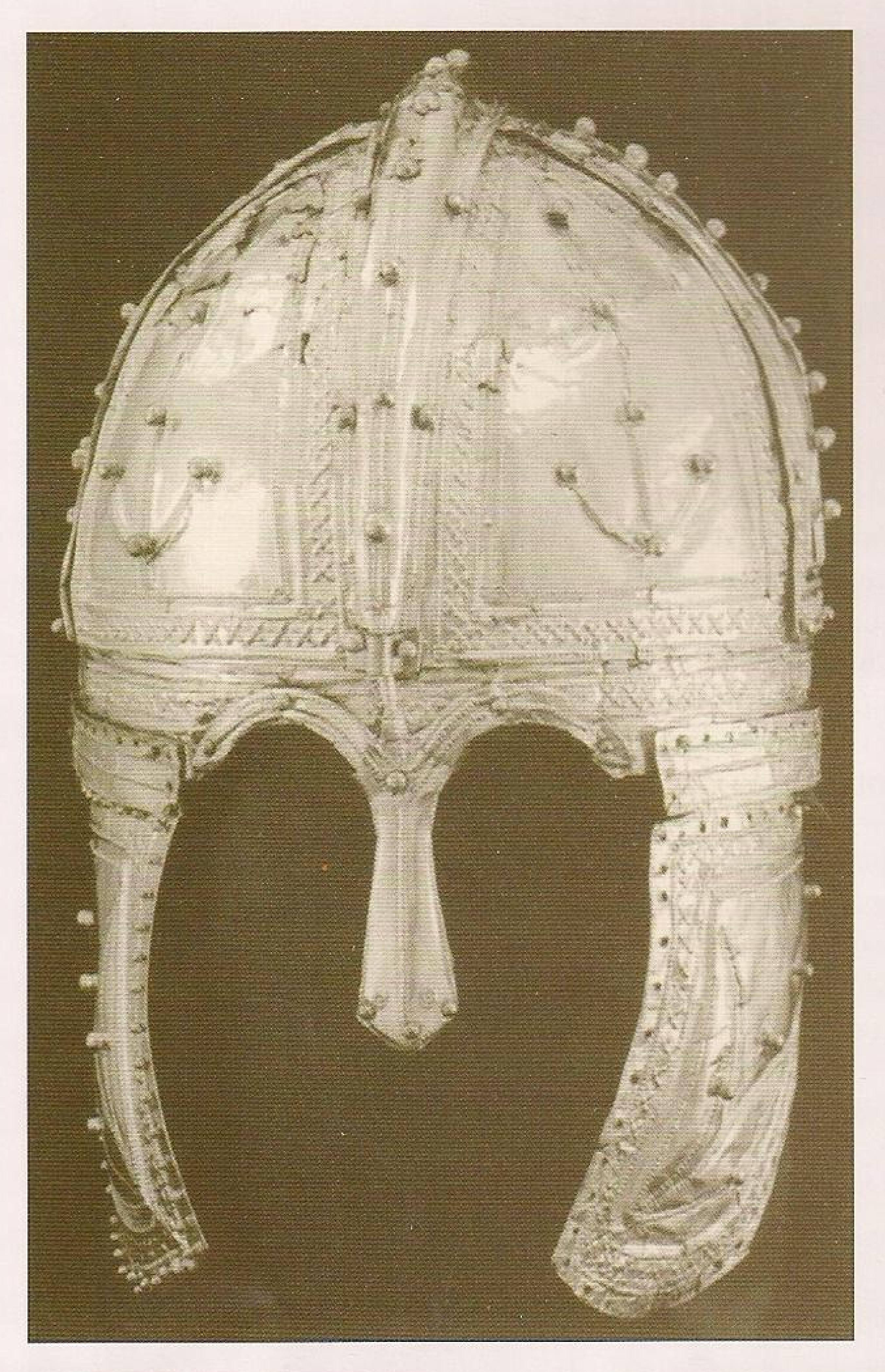
Entretanto, la Galia estaba siendo invadida por los francos y los alamanes, algunos de los cuales también alcanzaron Hispania e Italia. En el año 275, Roma abandonó formalmente la Dacia (la actual Rumanía). Durante los 100 años siguientes, los godos y los romanos vivieron, separados por el Danubio, en un estado de inquietud constante, en el que las relaciones fluctuaron entre la hostilidad, la tregua y la alianza.

A los ejércitos romanos del siglo IV no les resultó fácil derrotar a la tribu germana. A las tropas imperiales de este periodo les faltaba la confianza y la homogeneidad de los siglos anteriores; los germanos, en cambio, se estaban organizando en "supertribus".

El guerrero germánico del periodo de las grandes migraciones solía llevar toda su riqueza en su persona. El estatus de un guerrero se medía por sus triunfos bélicos, y ello quedaba demostrado en la calidad de su equipo. En este agitado periodo no había nada parecido a un uniforme, ni siquiera entre los romanos; cada hombre se equipaba como mejor podía. Los mejores guerreros, y por tanto los triunfadores, llevaban ro-

Un cautivo germano, probablemente godo, en un arco del siglo III, hoy en Florencia. Los godos invadieron los Balcanes y atacaron las zonas costeras del mar Negro y el Egeo en la segunda mitad del siglo III.





Yelmo de plata con baño de oro perteneciente a un soldado del *equites stablesiani*, en torno al año 320 d. C. Yelmos de este tipo podían llevarlos los soldados más pudientes o con más méritos, tanto en los ejércitos visigodos como romanos. (Rijksmuseum Van Oudhenden, Leiden).

pas de brillantes colores y adornos, un caballo, una armadura, un casco, una espada, una lanza, un hacha y un escudo. Los hombres más pobres no tenían armadura y sólo portaban una lanza y un escudo.

En los ejércitos germánicos de esta época no había una división clara entre caballería e infantería. Un guerrero era capaz de pelear a pie o a caballo. No es probable que pudieran cruzar muchos caballos en barco por el Danubio, y los que lo hicieron seguramente acabaron sirviendo de alimento. Tras el estallido de un conflicto, capturaban cuantos caballos podían para equipar al mayor número de jinetes, pero más por motivos de movilidad estratégica que como una ventaja táctica.

La vestimenta básica de casi todos los guerreros germánicos durante este periodo y posteriormente era una túnica y unos pantalones, sobre los que vestían un abrigo cuando hacía mal tiempo. La ropa solía ser de lana, aunque también se utilizaba el lino. El cinturón era el elemento por excelencia del vestido militar y servía para indicar el estatus de guerrero de su portador. En el siglo IV, los cinturones eran extremadamente anchos, y se les añadían hebillas y anillas para colgar de ellas el equipo, como una espada, un monedero y un pedernal. Había diferentes estilos. Los visigodos, por ejemplo, no tardaron en adoptar el vestido de estilo romano, mientras que muchas tribus germanas del este, como los gépidos y los ostrogodos, llevaban las típicas ropas holgadas de los pueblos de las estepas.

Al final del imperio, las grandes formaciones del ejército romano estuvieron integradas por tribus germánicas, al frente de las cuales había un oficial también germano, de modo que muchos alcanzaron el escalafón más alto del ejército imperial. Mediante tratado y dirigidos por sus propios jefes, a las tribus germanas también se les permitió establecerse como *foederati* (aliados) a cambio de prestar servicio militar.

Durante el periodo de las migraciones, el poder y la influencia de los jefes y de sus grupos de seguidores fueron en aumento. El jefe que se marchaba de su tierra natal dejaba atrás la vida comunal del clan, y se llevaba consigo a su *comitatus*: los seguidores más aventureros y capaces que dependerían de su líder para su subsistencia. Para estas gentes emigrantes la idea de propiedad ya no podía ser la tierra que tenían en común, sino una riqueza "portátil" que estaba en manos del líder y que distribuía entre sus fieles seguidores.

Los guerreros que regresaban con sus tribus llevaban consigo las ideas romanas de mando y control, una influencia que poco a poco fue desgastando el tradicional sistema tribal y lo sustituyó por otro en el que líderes de gran riqueza y poder lograron convocar a otros seguidores de fuera de su tribu y mantenerlos en su comunidad gracias a las victorias en combate. Estos grandes señores de la guerra y sus seguidores se convirtieron, con el tiempo, en los reyes y nobles de la sociedad medieval.

Los romanos solían negociar la colonización de las tierras con estos grandes jefes, a quienes se respetaba como comandantes de los ejércitos aliados. Una vez asentados, estos hombres heredaron parte de la burocracia imperial y empezaron a rodearse del boato regio; de ahí que su poder se hiciera más absolutista y arbitrario.

Guerrero visigodo, siglo V. La mayor parte de su equipo, incluido el yelmo, es de origen romano. Los godos también llevaban un casco de tipo *Spangenhelm* (1a). (1b) Procede del sur de Francia. (2a) es un práctico cinturón ancho muy popular en los siglos IV y V. Las hebillas y las anillas podían utilizarse para colgar un monedero (2c), un cuchillo, pedernal (2d) y otros objetos. (2b) Es un estilo posterior de cinturón, más estrecho. (2e) Es un cinturón de bronce del siglo IV procedente del curso medio del Rin. (2f) Es una hebilla de un cinturón gótico del siglo V del sur de Rusia. El broche con forma de águila (3a) Procede de la Hispania visigoda. (3b) Es un broche visigodo, mientras que (3c) Es de un estilo romano que estuvo muy extendido en Italia.



En uno de esos acuerdos, el emperador Constantino firmó un tratado formal de paz en el año 332 con los tervingios que vivían en la misma frontera del Danubio. Según sus términos, los romanos pagarían a los godos un tributo anual, mientras que los tervingios debían proporcionar 40.000 soldados en condición de *foederati* para combatir en el ejército romano cuando se les requiriese. Ciertamente, esa cifra es exagerada, pero también es cierto que combatieron por Roma en varias ocasiones.

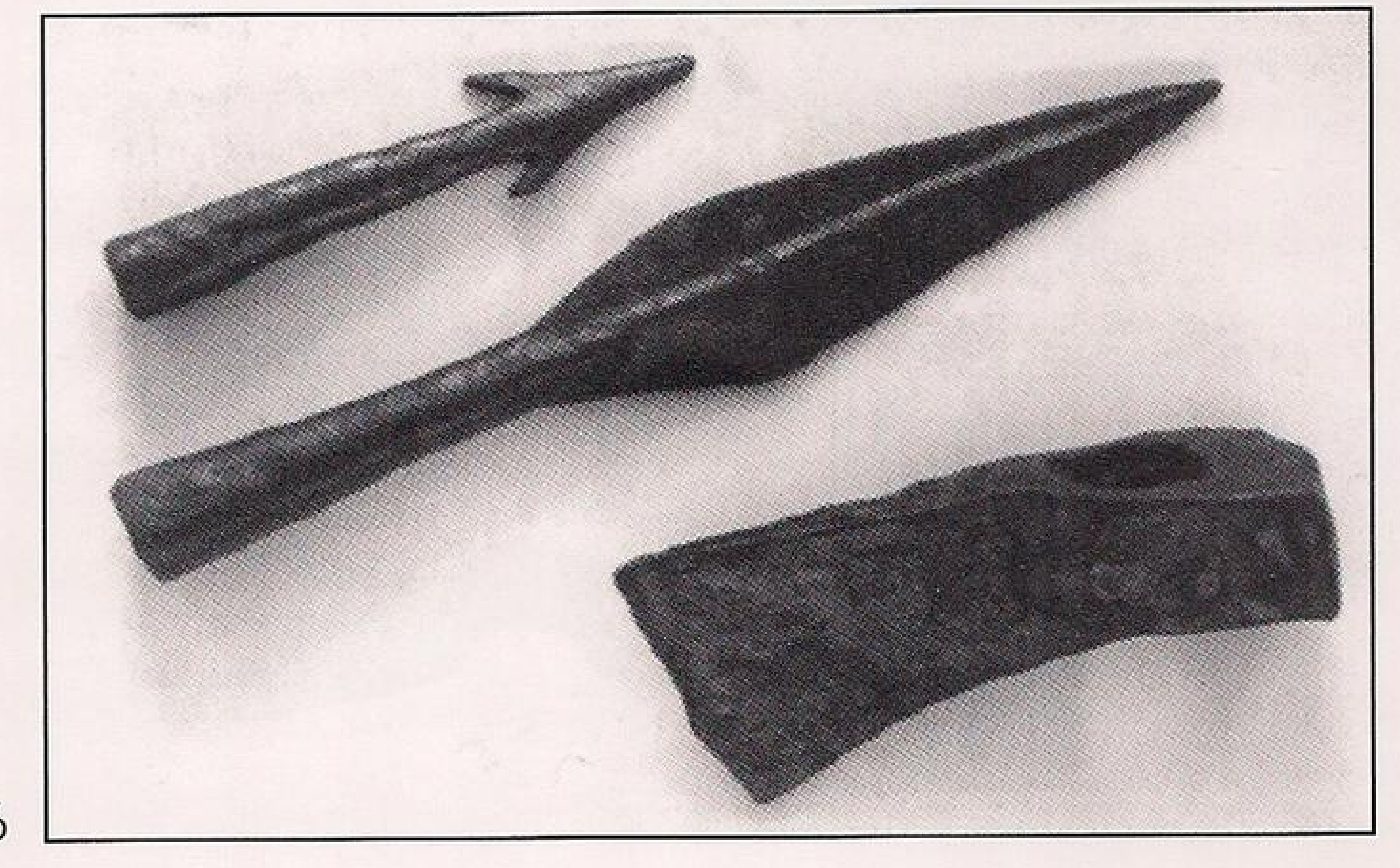
Este acuerdo que satisfacía a ambas partes se vio amenazado hacia el año 370, cuando empezaron a circular rumores sobre unas gentes de desagradable aspecto que se dirigían al oeste cruzando la estepa. La expansión de los godos hacia el este puso en contacto a los greutungios (ostrogodos) con los hunos. Los godos que ahora se interponían en el camino de los hunos disponían de ejércitos formados por un considerable número de arqueros con armas ligeras y de caballería, pero no eran rivales para estos turco-mongoles armados con sus largos y potentes arcos compuestos. Los ejércitos godos se tambalearon, su imperio fue destruido y se retiraron hacia el oeste, al territorio de los tervingios. Allí construyeron algunas obras defensivas, mientras que los tervingios avanzaron hacia el este y establecieron posiciones defensivas a lo largo del río Dniester. Sus esfuerzos fueron en vano, pues los hunos arrasaron todo a su paso.

Llegado el año 376, su futuro pintaba muy negro. Expulsados de sus hogares y sus tierras, y escondidos en refugios de montaña o detrás de fortificaciones, los godos no tendrían mucho de lo que vivir. El saqueo no era una empresa fácil para gente que se movía con familias enteras, y con todas sus pertenencias, y habrían sido muy vulnerables a cualquier ataque. En este punto, un grupo escindido de los tervingios, dirigidos por Alavivo y Fritigerno, pidieron asilo dentro del imperio romano.

Seguramente, el emperador romano Valens agradeció la llegada de una fuente de nuevos reclutas. Se les asignó un territorio en los márgenes del Danubio, y se ordenó a los oficiales romanos que les proporcionaran alimento y tierras para establecerse. Habría resultado casi imposible ocuparse de la situación a la que tuvo que hacer frente el comandante de las tropas regionales de Tracia, Lupicino. Ante sí tenía un grupo armado de personas que buscaban protección, que menos de 10 años atrás habían combatido contra Roma, y de repente habían llegado por miles (quizá 200.000 o más), sin hogar, hambrientos y desesperadamente necesitados de ayuda. Fuera cual fuese la política oficial, no pasó mucho tiempo hasta que los tervingios cayeron en las manos de los corruptos prefectos locales y los mercaderes, que los desarmaron y les cobraron precios desorbitados por grano en mal estado y comida podrida. Cuando se quedaron sin dinero, los tomaron como esclavos en pago por la bazofia que ahora les ofrecían.

Finalmente, la paciencia de los godos se agotó, y cuando los romanos asesinaron a traición a algunos de sus comandantes en 377, se alzaron en armas bajo la dirección de Fritigerno. Como se habían visto obligados a deponer sus armas cuando cruzaron el Danubio, irrumpieron en los arsenales romanos para recuperarlas; e incluso acogieron en sus filas a los hombres de cualquier nacionalidad dispuestos a combatir, entre los que se incluían los greutungios, los hunos y los alanos. Después abandonaron su zona de conten-

Jabalina, lanza y hoja de hacha germánicas. La mayoría de los visigodos debieron de ir armados con armas muy parecidas. Los guerreros góticos primero lanzaban a sus oponentes una lluvia de jabalinas, y después atacaban con lanzas. Solían utilizar un hacha de mano en lugar de una espada como arma secundaria.





ción y, tras derrotar a las fuerzas locales romanas de Marcianópolis (actual Shumla, en Bulgaria), se dividieron en pequeñas bandas que realizaron actos de pillaje por toda Tracia antes de dirigirse hacia Adrianópolis (actual Edirna, en Turquía). En Adrianópolis, el 9 de agosto de 378 se vieron frente a frente ante el emperador Valens y el ejército del imperio oriental.

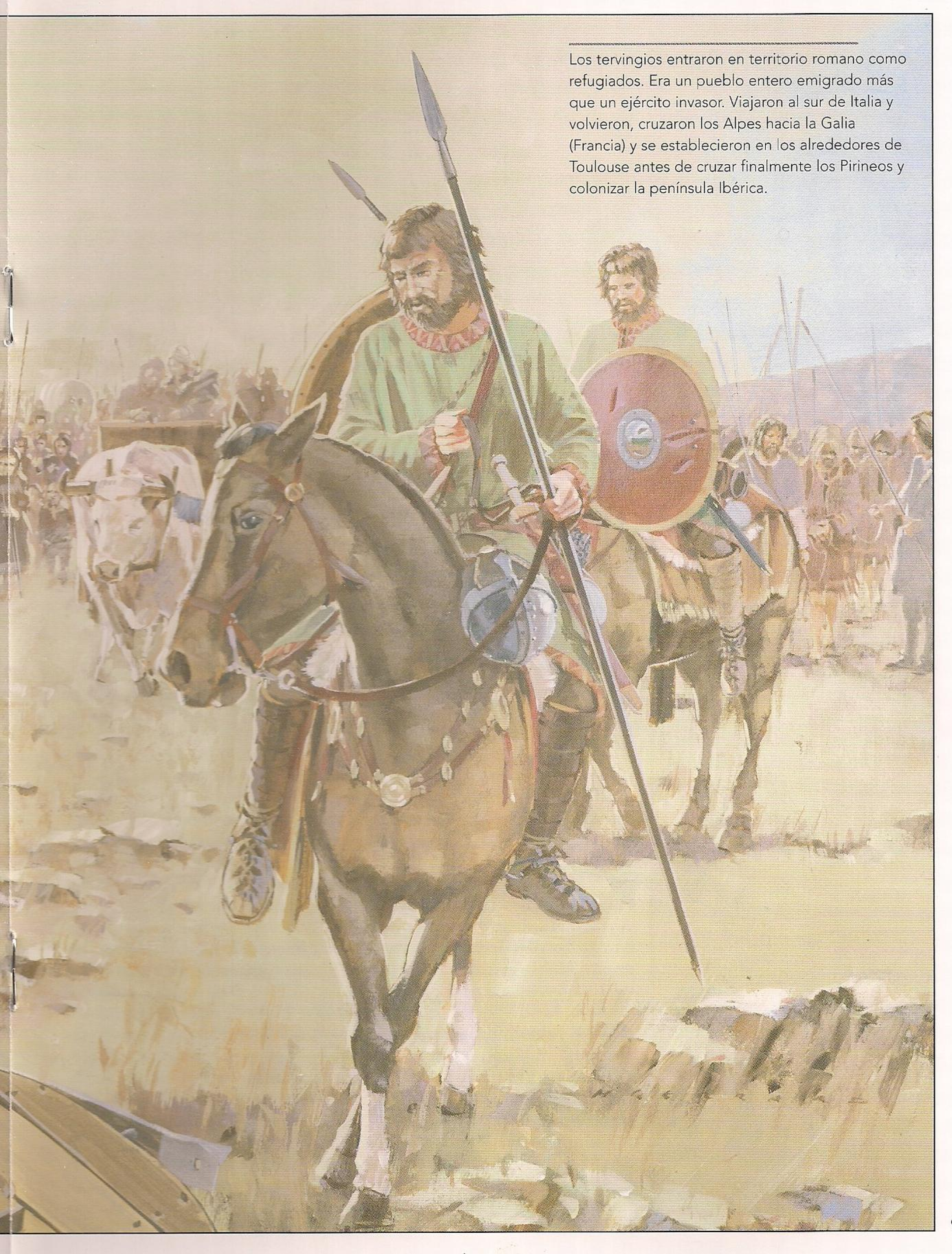
El resultado de la batalla es de sobra conocido: los romanos atacaron el círculo defensivo de la principal fuerza gótica y, a continuación, los greutungios y los alanos, que habían estado ocupados en incursiones por otra zona, les golpearon por el flanco. Fue el triunfo combinado de las tácticas de infantería y caballería godas, y el fracaso total de las labores de reconocimiento y mando por parte de los romanos.

La catástrofe de Adrianópolis en 378 fue la peor derrota del ejército romano desde los tiempos de la República. Entre los muertos estaba el emperador del imperio oriental, Valens, el gran maestre de la caballería, el gran maestre de la infantería, el conde de palacio, 35 comandantes de diferentes cuerpos y dos tercios del ejército romano de Oriente, que se estiman en unas 40.000 bajas.

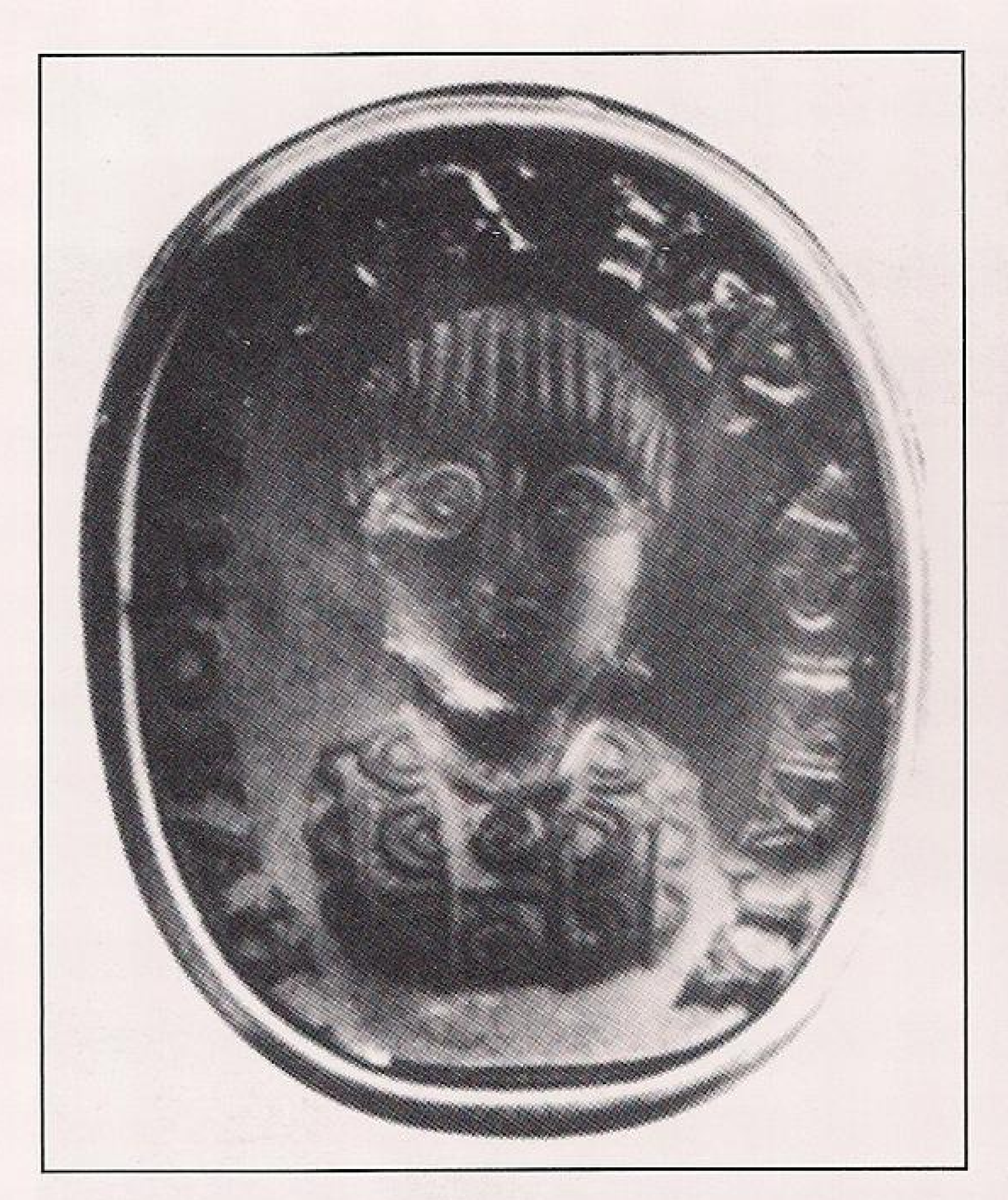
Ahora, reforzado con el botín del campo de batalla, Fritigerno dirigió un ejército extremadamente bien armado. El núcleo lo constituían los tervingios, cuyo número se había incrementado con los greutungios, los nómadas hunos y alanos, las unidades de godos del ejército romano, los esclavos romanos huidos, los prisioneros de guerra y los desertores. A ellos se unieron más desertores del ejército romano, incluidos algunos guardias imperiales. Este grupo multiracial que siguió a Fritigerno hacia Tracia e Italia fue el que acabó por fundirse en lo que posteriormente se conocieron como visigodos. Las hos-

Hostigados por los hunos, un grupo multinacional de godos conducidos por los tervingios pidieron asilo político dentro del imperio romano. Se les permitió cruzar el Danubio hacia Tracia en 376. Posteriormente, fueron conocidos como los visigodos.





Los tervingios entraron en territorio romano como refugiados. Era un pueblo entero emigrado más que un ejército invasor. Viajaron al sur de Italia y volvieron, cruzaron los Alpes hacia la Galia (Francia) y se establecieron en los alrededores de Toulouse antes de cruzar finalmente los Pirineos y colonizar la península Ibérica.



El sello de Alarico, que condujo a los visigodos al sur de Italia con la intención de cruzar el mar y asentarse en el territorio romano en el norte de África.

tilidades continuaron durante otros cuatro años, hasta la muerte de Fritigerno en 382 durante una campaña en los Balcanes.

Muchos guerreros que habían combatido por Fritigerno tenían familia, por lo que ansiaban poder asentarse en algún sitio. Por eso, en 382, sin haber sufrido nunca una derrota, se presentaron en son de paz y se les concedieron tierras para cultivarlas y establecer sus hogares a cambio de prestar servicio militar en el ejército romano de Oriente, un acuerdo básicamente igual que cuando cruzaron el Danubio por primera vez, seis años atrás.

En el año 394, los visigodos, dirigidos por un nuevo líder, Alarico, marcharon junto al emperador de Oriente, Teodosio, contra un ejército romano de Occidente dirigido por Eugenio y vencieron en la sangrienta batalla de dos días en el río Frígido, en el norte de Italia. Se vieron obligados a marcharse de nuevo en 396, y se les convenció para que se establecieran en el noroeste de Grecia. En 400, Alarico, que ansiaba alcanzar un rango militar oficial, obtuvo un mando romano en los Balcanes. Sin embargo, en 402-403, invadió Italia, e inmediatamente fue derrotado por el ejército de Occidente, comandado por el general romano-vándalo Stilicho, que ya había combatido junto a los romanos en Adrianópolis y en el río Frígido. En 405, Stilicho derrotó a un ejército mixto de ostrogodos, quadi y vándalos astingos con un ejército que necesitó los refuerzos de las unidades que vigilaban la frontera del Rin, desde Batavia a Bretaña. El último día de 406, otra coalición germánica cruzó el helado Rin hacia la Galia, acompañada de un clan de alanos sármatas sin tierra. La Galia estaba prácticamente indefensa, así que lanzaron ataques por doquier. Después de tres años, pudieron cruzar los Pirineos hacia Hispania, donde se asentaron en la costa atlántica.

El ambicioso Stilicho, que había servido bien a Roma, era un buen negociador. Sin embargo, perdió el favor el emperador Honorio de Occidente y fue asesinado. De ese modo, Alarico, el rey de los visigodos de Italia, tuvo que presentarse él mismo ante las puertas de Roma para pedir el mando militar y subvenciones para los granjeros. Las autoridades romanas, seguras en Rávena, no accedieron a su petición, lo que desencadenó el saqueo inmediato (sin bien poco entusiasta) de la ciudad por parte de los visigodos en 410. Las pérdidas materiales y humanas fueron pocas, pero las repercusiones políticas dentro del imperio fueron devastadoras. Por primera vez en 1.000 años Roma había sido derrotada, y el prestigio romano cayó en picado.

Después de tres días, Alarico condujo a los visigodos al sur de Italia con la idea de cruzar al territorio romano en el norte de África, donde podría hacerse con el control de sus campos de maíz. Pero murió repentinamente en el sur de Italia. Al final, los visigodos salieron de Italia conducidos por el hermano de Alarico, Ataúlfo, que abandonó el plan de dirigirse al norte de África y marchó de nuevo hacia el norte (en el camino secuestró y se casó con la hermana del emperador), hacia el territorio del Rin, donde ayudaron a las tropas romanas a pacificar la zona. Después siguieron su camino y se establecieron en el sur de la Galia, eligiendo Toulouse como su capital.

Animado por el emperador romano de Occidente, Ataúlfo cruzó los Pirineos para reconquistar Hispania para el imperio y arrebatárselo a los pueblos germánicos que ya se habían establecido aquí: los alanos, los suevos y los vándalos. En 415, los visigodos entraron en Hispania atravesando las montañas y ocuparon Barcelona.



El arco de Galerio muestra a soldados de principios del siglo IV en formación de combate. Estos hombres, que llevan armadura de escamas, yelmos troncocónicos con nasal y protectores para los pómulos y el cuello, y portan grandes escudos, pueden pertenecer tanto a la caballería como a la infantería. Muchos de los visigodos y romanos que combatieron en Adrianópolis debieron de llevar un equipo similar. (Deutschen Archaeologischen Instituts).

Ataúlfo fue asesinado al año siguiente, pero su sucesor, Wallia, prácticamente exterminó a los vándalos silingos y los alanos, y condujo a los supervivientes hasta Galicia. Los vándalos astingos y los suevos germanos se salvaron de un destino parecido a manos de Wallia gracias a la intervención de los romanos.

En 415, en agradecimiento por haber restablecido el control imperial, el emperador reconoció la legitimidad de los extensos asentamientos visigodos en el sur de la Galia y recompensó a Wallia con la concesión del territorio de Aquitania, o Toulouse. Se convirtió en el primer reino "bárbaro" dentro del antiguo imperio. A la muerte de Wallia, Teodorico I, el hijo de Alarico, se convirtió en el rey de Toulouse.

En 461, Teodorico II de Toulouse acabó con la alianza entre los visigodos y Roma, e inmediatamente conquistó Narbona, con el fin de extender sus dominios hasta el Mediterráneo. Lanzó varias campañas en el noroeste de Hispania contra los suevos, y en el este y centro de la Galia, pero fue derrotado en Arlés y también en Orleáns. En 466 fue asesinado y le sucedió su hermano Eurico, que continuó con la construcción del imperio visigodo en Hispania y la Galia.

Eurico derrotó a Remismundo, rey de los suevos, en 468, y extendió y consolidó su control sobre toda Hispania, arrinconando a los suevos en Galicia como meros vasallos. Más poderosos y numerosos que sus predecesores germanos, los visigodos se convirtieron en los



Muchos militares romanos de alto rango, como Stilicho, que aparece aquí, no eran de origen romano. La madre de Stilicho era romana pero su padre era vándalo.

gobernantes de Hispania, a la vez que seguían manteniendo sus posesiones en la Galia. Aprovechando sus antiguas relaciones con Roma, consolidaron su ocupación de la península Ibérica, de manera que, cuando el imperio romano cayó definitivamente en el año 476, tenían el control de casi toda la península, excepto Galicia, y obligaron a los terratenientes romanos a ceder los dos tercios de sus propiedades.

En la Galia, Eurico defendió con éxito las fronteras visigodas, derrotando a los galo-romanos del curso alto del Loira, a los burgundios en el Ródano, y el territorio de la Provenza occidental, donde capturaron las ciudades de Arlés y Marsella. Éste fue el punto álgido del imperio de Toulouse, pues pronto sería desposeído de su control sobre la Galia por Clovis, el rey de los francos. Éste derrotó a los visigodos y él mismo asesinó a Alarico II de Toulouse en la batalla de Vouillé en 507. La guerra de desgaste de los francos contra los visigodos acabó con su expulsión de la Galia. En persecución de sus enemigos, en 533 los francos incluso cruzaron los Pirineos, capturaron Pamplona y pusieron sitio a Zaragoza.

Después de abandonar Aquitania, los visigodos trasladaron su capital a Toledo hacia el año 554. Dejaron sus costumbres nómadas y establecieron una monarquía absoluta con una aristocracia de nobles terratenientes visigodos y un clero que gobernaban sobre una mezcla de pueblos, entre ellos, hispanos, celtas, romanos hispanizados y judíos.

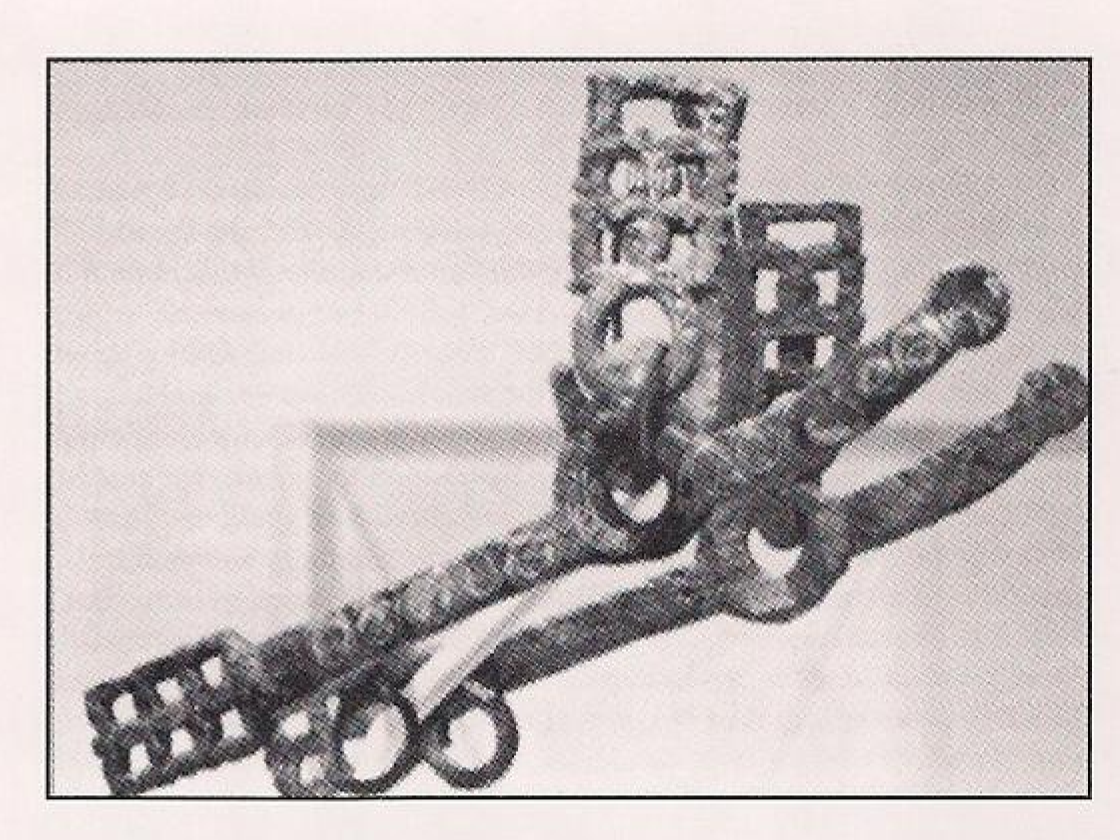
Aunque eran una minoría, los visigodos reinaron durante 300 años como sucesores de Roma. Ya en época temprana, el gran emperador bizantino Justiniano (527-565) invadió Hispania sin grandes pretensiones, y con pocas repercusiones, de modo que las fuerzas bizantinas se retiraron, finalmente, al norte de África.

Uno de los grandes reyes visigodos, Leovigildo (568-586), un poderoso terrateniente, fue un estadista al estilo imperial más que un señor de la guerra. Sin embargo, su labor de unificación se vio especialmente dificultada por un conflicto religioso entre los conquistadores y los conquistados. Los visigodos, a diferencia de los hispanos católicos, eran cristianos arios (negaban el concepto de la Trinidad, una herejía que ya había sido condenada en el concilio de Nicea en 325), y el conflicto resultante sólo pudo ser resuelto cuando el rey Recaredo abrazó el catolicismo en el concilio de Toledo de 589. A partir de entonces, el catolicismo se convirtió en la religión oficial, y la Iglesia católica estableció su autoridad sobre los asuntos de estado y sobre los espirituales. En 654, Recesvinto creó el *Liber Iudiciorum*, que combinaba el derecho germano y el romano.

Los visigodos hispanos son un buen ejemplo de cómo una fuerza tribal "bárbara" evolucionó hacia un ejército organizado. Aquí, en Hispania, entre los siglos VI y VIII, la élite militar estuvo formada por los nobles y sus seguidores, y se asignó un papel menor a las levas provinciales. Puede que el *comitatus* o fuerza de élite reunido por el propio rey conservara algunos elementos germánicos casi hasta la caída del estado visigodo, pero, para entonces, las levas locales y las milicias urbanas probablemente ya no tenían ninguna característica germana reconocible. Como muchos gobernantes de este periodo, el rey Wamba intentó llevar a cabo reformas militares, pero sus medidas fueron atípicas, en tanto que proclamó que una décima parte de la numerosa población esclava también debía prestar servicio militar.



Un comandante visigodo reta a un combate personal. La sociedad tradicional germánica le daba gran importancia al combate personal, con duelos uno a uno que tenían lugar a la vista de los guerreros de ambos bandos. Va vestido como un típico visigodo del siglo VI, aunque la cuestión de si utilizaban estribos en esta fecha es aún objeto de debate.



Un bocado visigodo muy elaborado. (Metropolitan Museum of Art, Nueva York).

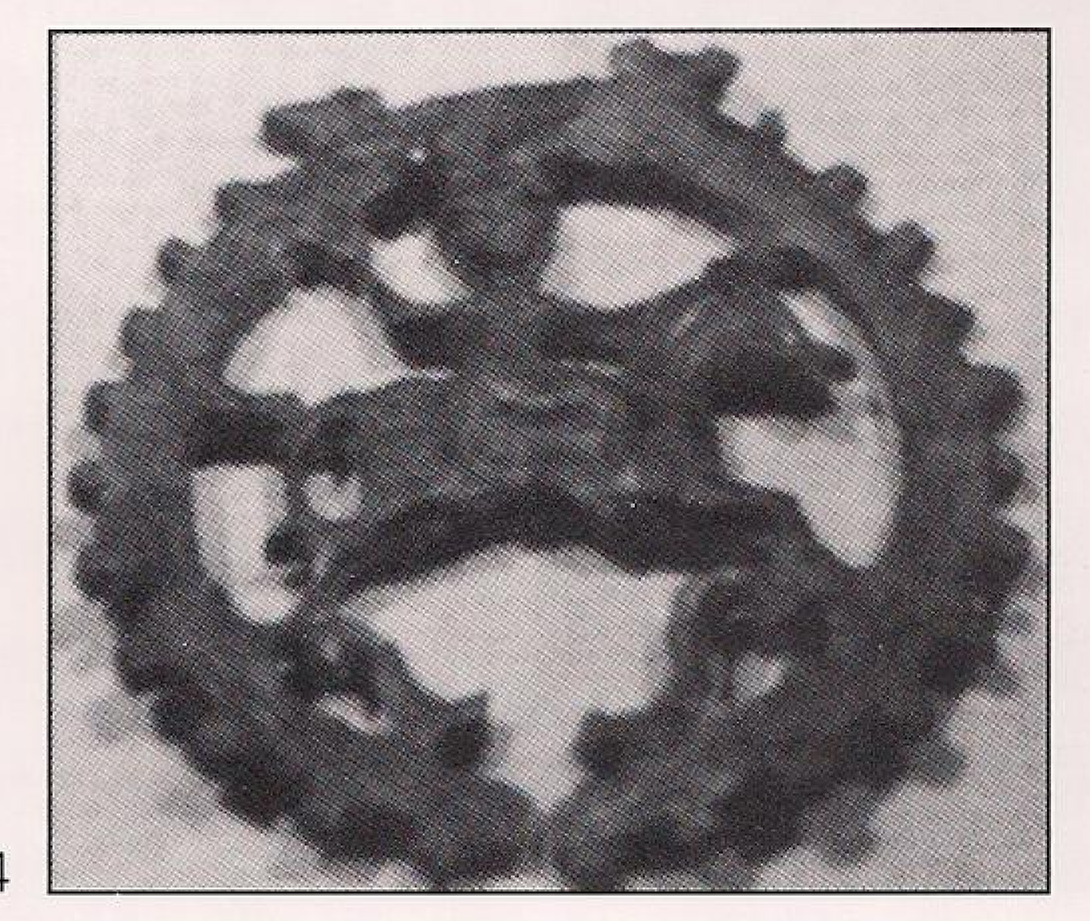
Al igual que todos los dirigentes germanos, el papel principal del rey visigodo aún seguía siendo el de caudillo militar. Sin embargo, los gobernantes visigodos nunca adquirieron el estatus semi-divino de, por ejemplo, sus rivales francos. Un rey visigodo que fracasara en la batalla podía ser sustituido sin problemas por otro miembro de la aristocracia más antigua. La influencia bizantina sobre el ejército visigodo fue más inmediata que en el caso de los francos. Los guardias del rey y sus más leales seguidores eran conocidos como *gardingi* o *fideles*, y los seguidores de los nobles eran los *bucellarii*. A mediados del siglo VII, a los *fideles* del rey se les garantizó la posesión permanente de las tierras que les habían concedido. Años después, uno de los últimos reyes visigodos, Wamba, creó una guardia de nobles *spatharii*, de inspiración bizantina, que se sumaron a las ya existentes tropas de *gardingi* de palacio.

Una vez establecidos en la península Ibérica como gobernantes, los visigodos heredaron algunos de los problemas de sus predecesores. Uno de los de más difícil solución lo constituían los vascos de las montañas del norte, que aún conservaban un carácter tribal y creencias paganas. Tras la caída de los visigodos, el "problema de la frontera norte" lo heredarían los gobernantes islámicos de Andalucía.

Gran parte de la lucha armada entre los visigodos y los francos en el sur de la Galia recayó sobre la caballería. Sin embargo, las tradiciones de caballería parecieron sobrevivir con más fuerza en la península Ibérica que en la mayoría de los otros lugares que habían constituido el imperio romano de Occidente. Incluso se ha sugerido que durante la ocupación visigoda de la península, hubo una mezcla de tradiciones de caballería romano-celtas y germano-visigodas que dio lugar a algo nuevo, algo que pudo haber contribuido a los característicos estilos de caballería de los ejércitos islámicos y cristianos posteriores. Y es más, existen sorprendentes evidencias de que los ejércitos visigodos de finales del siglo VI y del siglo VII incluyeron a algunos arqueros montados, una táctica que debieron de aprender de las regiones bajo gobierno romano-bizantino del sur de Hispania.

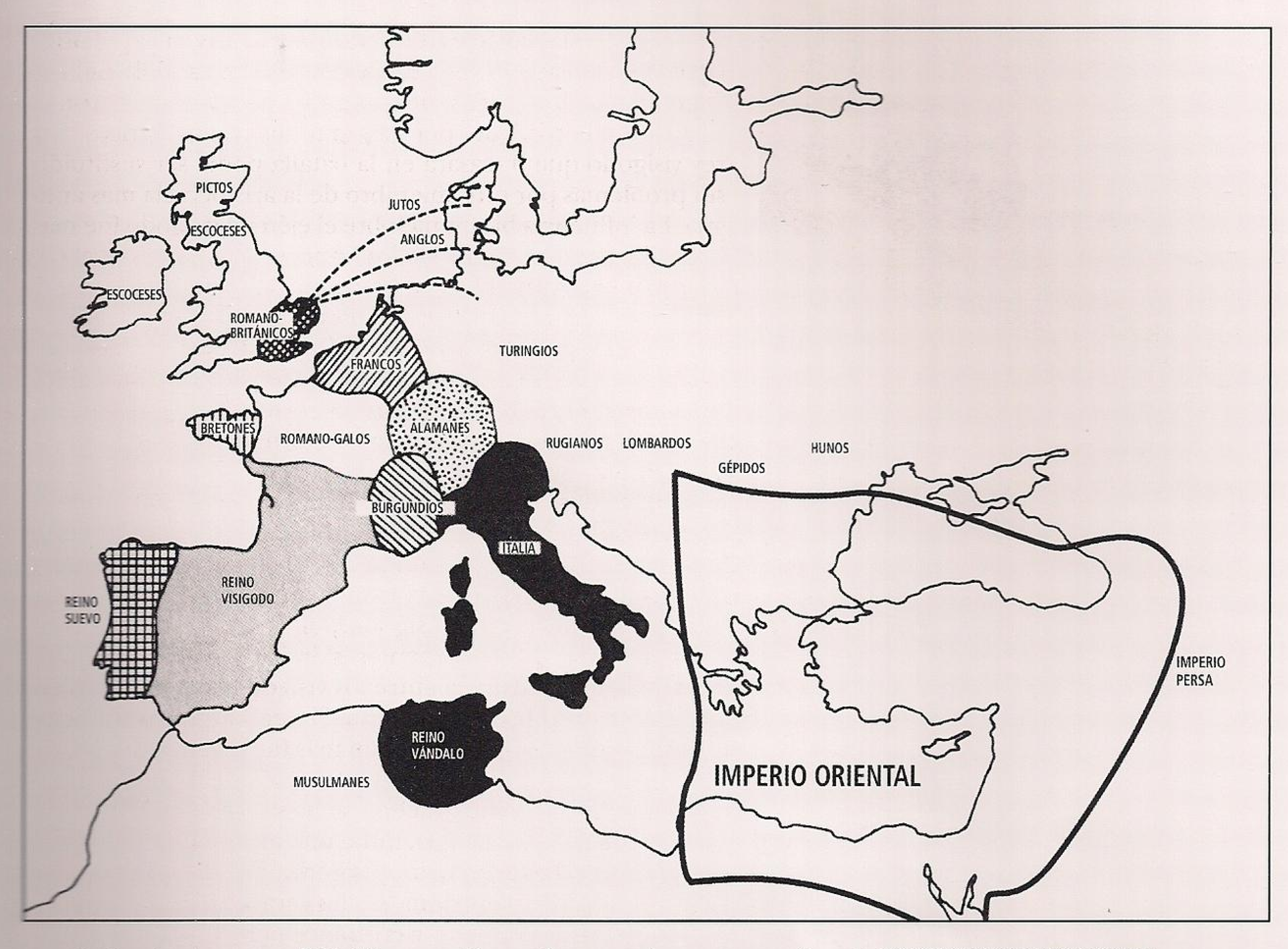
Una vez establecidos en la península, la caballería visigoda también parece que confió más en la táctica de ataques repetidos y retirada que aprendieron de sus anteriores enemigos romanos del final del imperio y de los bizantinos. Entretanto, los visigodos tomaron las impresionantes fortificaciones romanas del sur de la Galia y de la península. Aparentemente, se mantenían en buenas condiciones, pero no añadieron mucho más. De hecho, las famosas llamadas "torres visigodas" de la magnífica ciudad amurallada de Carcasona, en el sur de Francia, son de finales del imperio romano, no visigodas, aunque se mantuvieron y reforzaron entre los siglos VI y IX.

Colgante ecuestre visigodo del siglo VI que muestra al típico guerrero a caballo que se convirtió en el pilar de los ejércitos góticos y romanos en los años posteriores a Adrianópolis. (Metropolitan Museum of Art, Nueva York).



El gobierno visigodo entró en decadencia en el siglo VII, roto por el enfrentamiento entre las facciones partidarias de la nobleza y de la monarquía, y entre la minoría gobernante y la mayoría de hispano-romanos autóctonos.

Entretanto, al otro lado del Mediterráneo, los sarracenos habían conquistado el norte de África y habían llegado al estrecho de Gibraltar. En 710, el año en que el rey Roderico ascendió al trono, un tal conde Julián, visigodo o bizantino, logró defender el enclave de Ceuta de un ataque del comandante musulmán Musa Ibn Nusair. Posteriormente, Julián, que estaba enfrentado con Roderico, acordó en secreto ayudar a Musa a invadir el territorio hispano. Con la ayuda de Julián, una pequeña fuerza desembarcó cerca de Algeciras en julio.



Los reinos germánicos que sucedieron a la caída del imperio romano de Occidente en 476.

Al año siguiente, en 711, Musa envió una fuerza más numerosa formada, mayoritariamente, por guerreros bereberes dirigidos por Tariq Ibn Ziyad, que cruzaron el estrecho y desembarcaron en el peñón que lleva su nombre, "Gebel Tariq" (Gibraltar).

El ejército de Tariq se enfrentó al del rey Roderico, considerablemente más numeroso, en el río Guadalete, cerca de Medina Sidonia. A pesar de ser ampliamente superados en número, el ejército de Tariq logró derrotar a Roderico, cuyas fuerzas se vieron debilitadas por desacuerdos, actos de traición y deserciones. Roderico huyó, pero se ahogó al intentar cruzar el río.

Tariq continuó con su éxito al conquistar todo el sur de Hispania durante la misma campaña: ganó la batalla de Écija y capturó la capital visigoda de Toledo sin luchar. En 712 Musa tomó el relevo de Tariq y completó su tarea, conquistando el resto del país en el transcurso de un año. Los que pudieron huyeron al norte, dejando atrás sus tierras y su fortuna.

Aunque a estos años se les suele llamar la "Edad Oscura", las bases sentadas por el mundo clásico sobrevivieron. Los visigodos mostraron su respeto por la herencia romana de Hispania al adoptar el derecho romano y al utilizar el latín como el idioma oficial de la Iglesia y el Estado. Las tradiciones romanas también se conservaron en el arte y, sobre todo, en la arquitectura, y los propios visigodos hicieron una valiosa contribución a las artes menores. Además, la invasión de las provincias orientales por parte del emperador bizantino Justiniano en el siglo VI aseguró la expansión de las influencias bizantinas y de Oriente Medio. Ya entonces, se estaba formando el carácter hispano con la convivencia de muchas culturas, un patrón que habría de repetirse a lo largo de su historia.